

Cartas a los Poetas

Segunda Carta

Por Angel Martinez, S. J.

Presencia de Alberto Guerra Trigueros

Las influencias más fuertes en el mundo son las que menos se sienten; las que sólo al cabo de mucho tiempo se descubren. Son las fuerzas que obraron en la creación desde el principio y siguen y seguirán obrando en esta que es una creación continua de todo hacia el todo. El mundo en que obran esas fuerzas es tanto el de la física, como el de la metafísica, el de la psicología como el de la metapsicología, el de la ética como el de la metaética, que no son seis mundos distintos, sino un solo mundo, mientras en él estamos, mientras estamos en el mundo aunque aspiremos a no ser del mundo, a llegar a ser, valiéndonos de todo lo que es, algo que sea más que el mundo y más que nosotros mismos, en la razón de ser de todo. El todo comunicado por corrientes misteriosas, en lo que todo tiene razón de ser y de comunicarse.

Cada descubrimiento de la comunicación que ya existía entre nuestra vida y otras vidas, aparentemente incomunicadas, nos afirma más en la verdad de ese pensamiento, con una nueva revelación de la total comunicación del mundo, cada vez más clara en el orden de los cuerpos y tan secreta todavía en el de las almas.

La presencia en mi vida de la vida de Alberto Guerra Trigueros fue mucho anterior al descubrimiento de esa presencia. Y nuestro conocimiento precedió con mucho al que nos trajo la comunicación sensible. Rota esa comunicación sensible con su vida por eso que llaman muerte, se prolonga intacta la insensible comunicación y sigue siendo real, en lo esencial de la vida, su presencia con una comunión —verdadera y esencial unión— más allá de la vida y de la muerte.

Por todo eso, él, como pocos, entendió, sintió y vivió en su más perfecto grado lo que allí llamamos Comunión de los Poetas y contribuyó, con su adhesión a ella, a que cada día me afirmase más en la creencia de su esencial verdad.

Esta Segunda Carta a los Poetas, sobre la comunión en que creo, evoca la presencia de Alberto Guerra Trigueros, para conmemorar su primer año de vida en la Vida —donde son imposibles años y conmemoraciones—. En momento oportuno viene una presencia que nos redime de incomprendiones, de indiferencias, de... sonrisas, con la suprema afirmación que fue para los que la vivimos aquella transfiguración de su última sonrisa, síntesis de la seriedad de todo él transfigurado en la luz.

Con la publicación de lo que hasta ahora era para mí intimidad hablada —el escribir de ello era sólo hablar, hasta ahora en la intimidad— he tenido el consuelo de que se haya entendido lo que dije y hasta de que algunos hayan visto más —o por lo menos cosas altas distintas— de lo que dije y que se resume en el lema que tanto vamos a repetir:

Creo en la Comunión de los Poetas.

En cambio, algunos otros (de los otros), si no lo han echado a broma, no lo han tomado todo lo en serio con que está dicho. La causa de esto puede ser varia: no estar dentro de la corriente del pensamiento, sentimiento o sensibilidad y lenguaje de hoy, en los que la comunicación —comunión— o el aislamiento —soledad de la absoluta soledad— son la fuente de vida o el abismo de muerte nada menos que para la humanidad toda; no darse cuenta de que la poesía es ante todo y esencialmente —si es que ha ser algo— comunicación, vida que se hace vida, de Dios a las cosas, de las cosas al que las vive, del que las vive a aquellos a quienes, por la palabra —cualquiera que ésta sea— las trasmite con su vida... comunicación de todos y del mundo con todos en el Principio que es Término de esa vida total. Círculo perfecto de comunicación, círculo que, por lo menos, quiere ser perfección del ser... **siempre volviendo.**

Otra causa de no dar la importancia que tiene al pensamiento que informa estas cartas, puede ser el no haber visto clara una intención que yo creía haber puesto tan claramente oculta o tan mal disimuladamente abierta. Esa intención, no buscada, sino nacida de la raíz misma del pensamiento de estas cartas y del impulso que informa el acto de creación del artista, en comunicación con el hecho de la Creación de Dios, es finalmente ver cómo podemos subir por la comunión de los poetas a la Comunión de los Santos, su justo término.

Porque, qué es sino sumergirnos los unos en los otros —para ser unos mismos, para ser todos unos— este abismarnos en nosotros, con el mundo dentro, cuando en lo que ha de ser objeto de nuestro canto —al despertar del éxtasis— con alma y cuerpo nos hundimos? Y qué es este sumergirnos los unos en los otros sino buscar la raíz de toda comunicación, que está en la palabra, y finalmente saciar el ansia de dar el salto definitivo de la **palabra** a la **PALABRA**? Todo lo hemos de explanar en la comunión que quieren ser estas cartas. Hablaremos de esa virtud de ser, en el orden natural —de un modo análogo al que lo es en el orden sobrenatural—, palabra revelada y reveladora la palabra de poesía. Y del paso —enorme salto— a las mayores palabras de poesía que ha habido y que son precisamente y por eso las palabras sobrenaturalmente reveladas y reveladoras. Y del último salto —fácil tránsito—, que nos ha de enseñar a dar San Pablo, de las palabras reveladas, por Dios, a la Palabra que es Dios, que es el Verbo, la Palabra; de la palabra viva y obradora y más penetrante que cualquier espada de dos filos, que llega hasta la división del alma y el espíritu y a las junturas de los huesos y del meollo..., al Dios vivo (que es esa misma Palabra), ante quien no hay criatura que no esté patente, sino que todas las cosas están desnudas y abiertas de entrañas a sus ojos, para quien es nuestra palabra. (Véase **Carta a Los Hebreos**, cap. 4, de los versos 11 al 14.)

En realidad, por encima de todas las intenciones —o por debajo, por lo honda que va—, está esa raíz del anhelo de comunicación, raíz del suspiro, de donde sale a volar, sale quedándose y sale siempre volviendo... **el alma con raíces en los astros.**

Así todo este escribir —escribiros, inscribirnos— no tiene otro principio ni otro fin que aquel que San Agustín vió en la contemplación callada de San Juan, mientras Jesús vivía, al hacerse luego, para todos, en el Evangelio, palabra del Verbo: “Eructaba lo que había bebido”, dice con un atrevimiento de expresión que justifica lo hondo de su significado. “Porque no sin causa se cuenta de él, en este mismo Evangelio, que en el banquete se acostaba sobre el pecho del Señor. De aquel pecho bebía en secreto; pero lo que en secreto bebió, lo eructó en público, para que a todas las naciones llegue... la Palabra del Padre”. (1)

Un momento, mientras escribía esto, he estado por ponerle como nuevo lema unos versos que me sorprendieron en un **Breviario**, abierto al azar en un momento de descanso. El Breviario es de Hödelin. Y los versos, de una poesía que tiene por título y comienzo: **Wie wenn am Feiertage...: Como cuando en los Días de Fiesta...** Leídos primero sueltos, ellos me llevaron a leer la poesía entera; y vi que, en vez de poner algunos de sus versos, la tendría que poner toda, porque toda la poesía tiene el sentido de lo que yo iba pensando. Los versos que especialmente y de primera intención me hirieron son los siguientes:

“Y así como en los ojos del hombre un fuego brilla
Cuando concibe un alto pensamiento, así ahora,
De las nuevas señales, nuevos hechos del mundo,
Un fuego arde, encendido en el alma del poeta.
Y lo que antes pasó y apenas se sentía,
Por vez primera se revela ahora;
Y las que, entre sonrisas, el campo nos labraban
En forma de criados, son conocidas, las
Que dan a todo vida, las Fuerzas de los Dioses...”

Por vez primera se revela ahora... Cada vez que un poeta habla como poeta, da por vez primera esa revelación. Revelación de las fuerzas del universo donde trabaja, desde el principio Dios —no los dioses—, es la obra común de los poetas todos; y el rumor que viene de las más hondas profundidades del tiempo, es el espíritu, el sentido de todo que se hace voz en él y grita en su canción. Pensamientos del espíritu de todos son los que calladamente vienen a terminarse en el alma del poeta. Porque sólo ellos —los poetas— son limpios de corazón, como niños, y sus manos inocentes. Así, a ellos les toca ponerse, con la cabeza descubierta bajo las tempestades de Dios, para agarrar el rayo del Padre, a El mismo, y llevarle al pueblo, ocultos entre su canto, los dones del cielo. (1)

Y sin embargo... Sí, es mejor que les dejemos el lema que ya tienen todas las cartas: **Creo en la Comunión de los Poetas**, con su alusión tan directísimamente indirecta a la **Comunión de los Santos**.

Porque sólo la Comunión de los Santos es el término justo —la medida exacta— de la comunión de los poetas. Como sólo la Palabra —la Palabra divina— es el término justo y la medida a que aspira, aunque sepa que nunca la ha de llenar, la palabra humana. Sin esta aspiración, toda relación entre los hombres es un lujo que se gasta, o un terrible acompañamiento que sólo logra hacer nuestra común y como esencial soledad más sola. Y nada más desolador o asolador que

(1) “Hoc ructabat quod biberat: De illo ergo pectore in secreto biberat: sed quod in secreto bibat, in manifesto eructavit...” (Tract, in Joan. XXXVI, 1. -ML, XXXV, 1602-3.)

(1) Friedrich Hölderlin.— **BREVIARIO**.— Werner Classen Verlag Zürich, pgs. 31-32. El Breviario contiene Poesías, Himnos, Cartas, Prosa y un Epílogo del coleccionador Hans Schumacher.

el amor mismo, cuando se le corta el impulso de eterno e infinito que en su raíz tiene, cuando se le deja aislado de su principio y de su término. Toda la vida no es sino un absurdo inmenso, aplastador, desesperante, si no va, en arranque de nacimiento y en meta de aspiración, unida a esa vida radical y última de la Palabra en la que **estaba** —con el estar que dura siempre y nunca pasa— la Vida. Sombra interior de una sombra, vacío de un vacío, una vida sin nombres: sin ninguna ventana.

La alusión que muchos verán, en lo anterior, a determinados autores, de los más representativos del pensamiento de hoy y de los que más influyen en él, la pueden extender a todos los que más adentro han querido y creído penetrar, con la espada de doble corte, en las entrañas mismas de la **condición humana**, de la **especie humana**, tal como hoy la encuentran ellos. Pensad en poetas, novelistas, filósofos, recordad cuadros, esculturas, y hasta obras del arte que parece por esencia elevador, la música. Todos esos que dicen dar la humanidad que ven —la que a ellos les rodea—, desligada de la que es única unión esencial del hombre, llegan a la atroz conclusión de que su única comunión posible es la comunión en la muerte. Y ésta como paso a la nada. Nosotros, en la comunión de los poetas, buscamos por la palabra comunión en la vida. Sí, en esta vida que pasa. Que pasa hacia la muerte, pero a la muerte que es paso en firme a la vida: un mayor nacimiento en la vida que no se termina: La Vida en la Palabra.

Una aspiración que tienda a llenar el vacío que hoy se abre en el mundo y a reanudarlo a él con su único centro posible —en último término la Encarnación—, es ya por sí misma respuesta. Porque me había olvidado de lo que escribía —una conmemoración que es comunión— y sin caer en la cuenta estaba contestando a lo que no se debe responder con palabras: una sonrisa.

Carta de Presente

En el aniversario de tu vida

Para mí la mejor respuesta fue otra sonrisa. Una sonrisa transformadora. Porque ya no puede ser lo mismo la vida de uno a quien le han sonreído desde la orilla de la eternidad. Fue hace justamente un año, a esta misma hora. Había yo dejado tirada en la cama mi enfermedad, para ir a acompañar a la del que ya se ponía bueno cuanto más se agravaba. Llegué hasta la cabecera de su cama:

—Alberto, aquí está el Padre Martínez.

Abrió los ojos como si volviese ya del mundo al que iba. Y se transfiguró, iluminado todo. Y dijo con el gozo del que ya está para siempre en la luz que siempre ha de ver, con el gozo que participa de la infinitud del que ha entrado en el gozo de su Señor:

—Padre Martínez! Qué alegre!

Desde aquella mañana fui ya todo como hecho de rendijas por las que entraba en mi ser de cada día la luz que todo lo transforma, luz de aquella sonrisa que es respuesta a todo lo que aquí no la tiene, y que nos hace otros, porque ya no puede ser lo mismo uno a quien le han sonreído desde el fondo de la eterna Luz.

Y esa sonrisa era el eco de la perfecta seriedad con que siempre me había acogido Alberto el pensamiento de la comunión de los poetas. Y era la afirmación de que nosotros, por lo menos, entonces, habíamos alcanzado su término justo, su medida exacta.

El tiempo no pasa por él. Ni por la impresión que nos dejó su último viaje. Hoy hace un año y es el mismo día. El mismo día en él. Y en nosotros reproducción exacta de ese día. Desde su eternidad él se asoma a nuestro tiempo.

Y también —para escribir esto— estuve esperando este día. Llegará un poco

tarde a los que siempre tienen un tiempo determinado, a los que saben contar tan bien su tiempo. Pero a él le ha llegado en su momento justo. Sin que haya para él aniversarios, le llega mi carta

En el aniversario de su Vida.

Vengo del cementerio, pero no dejé allí mi carta. Allí, como en todas partes donde con Dios estás, estaba también lo mejor de ti mismo. De tu cuerpo, bajo la hierba que ha crecido de ti, bajo las coronas y las flores que nosotros llevamos, está sólo el poco de muerte que aguarda la palabra de la Vida. Aquí estás en este **Poema Póstumo**. Estás en... **Todavía**: en las estrellas que no veo y que, según tú me dices, existen **todavía**. Tú sabías, antes de irte, que habías de existir —mucho más que las estrellas—, después de que te hubieras ido; pero sabías y por eso lo dijiste que, después de tu ida, entre tu ida y tu venida, también habían de existir las estrellas: las estrellas del cielo y las del hombre —lágrimas—.

Acabamos de venir. Todo ha sido en silencio, como a ti te gustaba. La Misa nos congregó en ti, que estás en El que, al fin, con el don de la Paz, congregó tu ser tan concentrado como disperso. También la Misa era rezada, casi en silencio. La palabra de Dios, en mis labios, sólo subrayaba de vez en cuando aquel silencio. Y el órgano, apenas levemente oído, le ponía una música tan callada como al hondo silencio convenía. En el altar, contra la costumbre fúnebre, había muchas flores como para una boda: azucenas, rosas, alguna pasionaria en su día de resurrección y gloria. Esperaban esas flores al que las ha creado y que iba a venir en la Hostia, porque hoy es viernes de junio. Pero entre tanto, te adornaban a ti: tu futura resurrección, la gloria de tu día en el aniversario de tu Vida.

Y también había estrellas. Todavía, por ti, el cielo y los hombres lloran estrellas. Allí unas se veían —y estaba muy bien que se viesen—; otras se quedaban dentro, pero sólo para mejor arder. Y no dejaba de asomarse su luz hasta los ojos húmedos. Y todo el cuerpo participaba de la luz que esas estrellas —ya almas— ponían para ti, como cirios de resurrección, en la ceremonia conmemorativa de tu muerte, y de la luz que tú ponías en esas almas —ya para ti, todavía y siempre— estrellas.

Hemos venido. Nos hemos juntado donde contigo nos juntábamos. Luego nos hemos dispersado, unidos. Yo estoy aquí donde te hallé. Y aquí te encuentro en este gran silencio —un silencio que no logran romper los martillos de los que edifican golpeando en la piedra, ni el sonido seco de las maderas al ser clavadas, ni el trueno bronco, continuado, casi infernal del avión que hoy pasa muy bajo porque el cielo está muy cubierto.

Aquí estás y —desde aquí donde estoy, hasta aquí donde estás— te envío esta carta.

Yo decía: Cartas a los vivos. Así, ninguna ocasión mejor que ésta. Para eso me estaba esperando este día. El —el día— no ha venido: yo he llegado a él y él me ha dicho que me esperaba para que te escribiese con él mi Segunda Carta a los Poetas.

Y así te la escribo con el día. Lástima que esté aún cubierto el cielo. Pero ya empieza a abrirse. Cuando del todo se abra y esté todo azul sobre la tierra con fresco olor a lluvia reciente, envolveré con todo el cielo, como en un sobre, la carta, y te la mandaré, desde aquí donde estoy, hasta aquí donde estás,

Para el aniversario de tu vida.

"Ninguna carta se termina"

ALBERTO

"Llegan, llegan las cartas siempre, aun las que no mandamos nunca..."

Así decía yo al principio de las que estoy escribiendo. Y así le llegó a Alberto Guerra Trigueros aquella carta que nunca le mandé. Se la leí después de seis o siete años de haberla empezado y, entonces, al decirle yo que nunca había podido terminarla, fue cuando él me dijo: "Ninguna carta se termina nunca".

Esta de hoy tampoco es aquella carta interminada e interminable. Sí es una carta escrita a un poeta vivo. Es la que le escribí a Alberto, primero con el pensamiento —algún nombre le hemos de dar a lo que el corazón nos dice—, la noche misma de su vida nueva, de su mayor nacimiento, y con la pluma, aún empapada de su muerte, algún tiempo después. (Cada vez me admiro más de Andrés Lang: **Cartas a Autores Muertos!** "Dejad a los muertos que entierren a sus muertos.")

Alberto vive y vivirá. Por eso estamos hoy celebrando, con él asomado a nuestro tiempo, con él sin posibilidad de aniversarios, el aniversario de su vida. Los santos (fieles) de la comunión primitiva sabían entender bien esto, y por ello era ese día, el de su nacimiento a mejor vida, aquel en que celebraban a sus Santos y en que también nosotros seguimos celebrándolos. Por poeta y por cristiano, por fiel a sus dos vocaciones de que él supo hacer una —la una que encierra en realidad las dos en diversos órdenes—, estamos hoy, 22 de junio, celebrando el día de Alberto. Mi carta a un autor vivo estaba sin duda escrita para esta conmemoración de una presencia: Presencia de Alberto Guerra Trigueros.

Esta carta es sólo una carta a su nombre. Y está también sin terminar.

Se la escribo para que él la termine, porque ahora, allí donde él tiene su nombre completo, no puede ya decir que ninguna carta se termina nunca. Carta completa es ya él mismo como su nombre, como su edad:

Está fijo en sus años para siempre.
Ya tiene, como el pan cuando se hace
Cuerpo de Dios y como el vino cuando
Se hace Sangre de Dios, la edad exacta
Del trigo y de la uva en que él fue tiempo:
Su edad, la edad exacta
Del nombre eterno con que Dios lo nombra,
Carta completa en El, como su Nombre.

El nombre en que él será su autorretrato y a la vez, como él decía, un autorretrato de Dios, autor-retrato, un retrato de su Autor, cuando ahora haya acabado de hacer su imagen y semejanza, abriéndole los ojos a la luz de su Santa Faz e imprimiéndole así, viva y fija para siempre, convertida en el propio ser de Alberto, que es ya su vida, la imagen de su propio Ser de Dios, Trino y Uno; imagen creada por el padre, revelada por el Hijo, santificada por el Espíritu Santo, en un solo acto —un solo beso eterno—, que es de los tres y en que los tres se dan

en un solo amor que es su vida y de una vida que es su luz para siempre. (Por eso dijimos tantas veces hace un año y hemos repetido hoy: **Y brille para él la Luz perpetua!**)

Su autorretrato: así Dios les da un nombre a los que, por Dios, hicieron lo posible por renunciar al suyo. Dios se lo devuelve ahora iluminado y transfigurado de Dios. A los que aquí querían como borrar su cara, Dios les da allí una cara toda suya, para que puedan verle a cara. Y Alberto era de éstos: vino al mundo para decir una sola cosa, la que después que se ha ido nos dice ya su nombre, la que me decía a mí todo su ser, cuando queriendo más que escribir de él, escribirle a él e inscribirlo en lo que de él decía, sólo logré escribirle a su nombre, para repetir y repetir su nombre. Y como el único modo de dar en resumen su gloria, llamé a lo que ahora llamo carta: —**Esto se llama Alberto.**

Y así —siempre así— es cómo él —su nombre— nos reúne en esta Comunión de Poetas, que por ser él ya quien la hace, se eleva, gracias a Dios, a verdadera Comunión de los Santos. No sentís cómo ya estamos todos en él, desde que dicen que se nos ha ido? Nunca nos reunió —y qué bien, qué calladamente lo hacía— como nos reúne ahora. Ahora que ya podemos pronunciar entero su nombre, su nombre que nos lo dice todo; ahora que esto que sentimos de él sabemos que se llama Alberto; ahora que con gozo puedo yo mandarle —sin terminarla nunca en mí, acabada en él— esta carta a su nombre, que él habrá ya leído en aquel Viento que se fué a ver, en el Espíritu Santo que con el Padre y el Hijo es ya la eternidad de su nombre —su autorretrato— completo.

Como un símbolo, tan natural, de todo lo que he querido decir, mientras lo terminaba, el cielo se ha despejado del todo y está más azul por haber estado antes cubierto. Y ahora, sí, puedo con todo el cielo, como en un sobre azulísimo —sin franjas negras de luto—, envolver, para mandársela, mi carta a su nombre en el aniversario de su vida. Una vida en un nombre. Un nombre que es ya la transfiguración de su vida. Porque ese nombre, que todavía no sabemos cómo es, aunque lo llamemos Alberto, es ya el hombre completo —el Hombre Nuevo— que él quiso ser. Y que desde la eternidad, como hoy hace un año desde su orilla —en aquel último impulso de su viaje—, con toda la seriedad de un hombre entero nos sonríe.